

SEÑALES

Decidido. Lo harían el sábado y a las afueras de Osaka, así dispondrían de unas horas antes de que advirtieran lo ocurrido. Además, en fin de semana la policía solía tener más trabajo y les costaría un poco dar con ellos. Cada vez les resultaba más difícil esquivar a los agentes infiltrados. Cada día, había más rastreadores en la red, dispuestos a desbaratar los planes de lo que las autoridades habían definido como “*clubs de suicidio*”.

Keiko contaba diecisiete años, era una jovencita solitaria que pasaba desapercibida con facilidad. A diario, tras el colegio, se dirigía a casa donde pasaba las tardes conectada a una de esas redes sociales que afloran a merced de las nuevas tecnologías. En Internet había encontrado algunas personas que sintonizaban con sus inquietudes. Navegando sin rumbo había dado con un foro donde los adolescentes vertían sus frustraciones y miedos. Se inscribió en seguida, y todos los días relataba su insulsa vida, también contestaba a otros usuarios, lo que al principio le pareció liberador y durante algunas semanas, al apagar el ordenador, se sintió reconfortada.

Con el tiempo los mensajes se volvieron más lúgubres y desesperados. Ya no encontraba el consuelo en las respuestas que sus nuevos colegas cibernéticos le enviaban. El inicio de una grave depresión afloraba en ella desde que la época de exámenes se acercaba, se sentía enormemente exigida y cada vez le costaba más prestar atención en clase. Sus padres no se percataban de nada, ocupados como estaban en pagar la hipoteca, las facturas, el coche de primera clase y las cuotas del club de golf. Eso era progreso, decía siempre el padre de Keiko. Pero ella avanzaba firmemente hacia una pena muy profunda.

Un día recibió un mensaje de un tal Oliver. Oliver era un quinceañero que vivía en Tokio, le habían puesto ese nombre en honor al profesor de literatura inglesa que presentó a sus padres en Oxford. Los padres de Oliver seguían estudiando en Inglaterra mientras él vivía con sus abuelos en la capital nipona. En sus correos, Oliver nunca explicaba nada que fuera positivo o alegre, cuando Keiko le preguntaba por la gran ciudad, él se deshacía en comentarios hirientes, no encontraba nada productivo o

emocionante que hacer allí. Ni siquiera los impresionantes jardines de cerezos en flor o las concurridas avenidas llenas de neones le resultaban estimulantes.

Con el transcurrir de los meses, Keiko se sentía más sola y hundida. Todos los días se conectaba al foro en busca de aliento, un poco más de rato cada vez, también las confesiones se volvieron más íntimas y tristes, casi desesperantes.

Como consecuencia de su desánimo Oliver le envió un enlace desconocido para ella. Era una *kedada*, es decir, una especie de encuentro entre jóvenes con los mismos intereses. El interés común consistía en perder la vida. O como ellos afirmaban, entrar en otra dimensión, abandonar este mundo cruel, sin sentido. Todo era más fácil si el viaje se hacía acompañado, de ahí los pactos que surgían al amparo del anonimato en la red.

Keiko se asustó al leer los comentarios. La gente que escribía parecía tenerlo bastante claro, no albergaban, aparentemente, ninguna duda. Se reflejaba claramente el día, lugar y modo de llevarlo a cabo. Ninguna circunstancia era abandonada a la improvisación. Al principio no supo qué hacer, desconectó el aparato y se fue a ver un poco la televisión. Pero todo a su alrededor le resultaba gris y triste. Como se sentía deprimida y no lograba sosegar, volvió a encender el ordenador y envió un mensaje a Oliver compartiéndole sus dudas al respecto. No creía estar tan angustiada como para suicidarse, es cierto que sentía cierta desconfianza en ella misma y en su vida, pero no como para tanto.

El chico le contestó casi de inmediato con un alegato que la dejó sin respiración. ¿Qué más daba si algunos querían dejar este mundo? ¿A quién le importaba? Según él, a su entorno, desde luego, no. De eso ya se había percatado. Muchos, al igual que ellos, se sentían como extraños en sus propias casas, los padres solían pasar toda la jornada fuera en interminables horarios lejos del hogar y cuando llegaban tampoco les prestaban mucha atención. Apenas tenían amigos de carne y hueso con los que divertirse y salir por ahí. En el colegio sólo enseñaban cosas que no les interesaban y los gobernantes sólo se preocupaban por producir, construir y consumir. Le explicó que de vuelta a su casa, pasaba por un parque donde la gente colgaba en los árboles tanzaku, papelitos

donde uno escribe un deseo. “Todos están llenos de *‘quiero más dinero’*, fiel reflejo de la sociedad actual. A nadie le interesa nada más que el cochino dinero.”

Después de leer el mensaje Keiko se echó a llorar. Estaba abatida, ya no sabía qué pensar y se sentía enormemente confundida.

Los días pasaban y ella rezaba por descubrir una señal que le mostrara el camino a seguir. No era muy religiosa pero había leído que a veces, cuando uno está al borde del abismo, ocurren cosas, extraños fenómenos que no se pueden explicar. Y las personas despiertas los saben identificar y descifrar. Se fijaba mucho en todo lo que la rodeaba, ansiosa de descubrir una. Pero en vez de la pista que esperaba encontrar no hallaba más que aflicción.

Harta y hastiada, decidió seguir a Oliver el sábado a las afueras de Osaka para meterse en un coche e inhalar el humo del tubo de escape junto con tres personas más.

Se encontraron en la estación de tren. Uno de los chavales había traído el automóvil de un tío suyo, al llegar enseñó las gomas que harían de puente para que pudieran aspirar los gases de la combustión. Condujeron hasta las afueras de la megápolis y buscaron una carretera secundaria deseando que no fuera muy frecuentada. Se instalaron en un pequeño claro cuando ya anochecía. Se observaron asustados, un poco incómodos incluso.

Oliver parecía el más seguro de todos. Estaba dispuesto y centrado. Se bajó del coche y enroscó la goma al tubo de escape, luego lo pasó por la ventanilla delantera y volvió a entrar en el vehículo. “Enciende el motor”, ordenó al chico que conducía. Miró hacia la parte trasera y les guiñó un ojo cómplice. “Tranquilos todos, en unos minutos habremos abandonado este mundo”, dijo mientras se recostaba en el asiento del copiloto.

Keiko estaba junto a una de las ventanillas, miró a su alrededor y se dio cuenta que en verdad no conocía de nada a las otras personas. Ni siquiera a Oliver, con el que había mantenido una fluida correspondencia electrónica desde meses atrás. Ignoraba las

motivaciones de los otros. Qué les había ocurrido o qué había en su interior que los empujaba a tomar tan drástica decisión.

Suspiró, su señal no había llegado. Inhaló y el aire le supo a corrupción. Olía y tenía un gusto como a quemado. La muchacha que estaba a su lado dormitaba ya. A Keiko le pareció que todavía respiraba. Oliver tosió con fuerza. El ambiente se iba cargando y una neblina blanquecina se instaló entre ellos.

El sueño empezó a invadirla, le picaba la garganta tanto que carraspeó. “No os preocupéis, toser es normal”, oyó decir a alguien. Sólo un poco más. Intentó abrir los ojos. El coche se había llenado de humo. Ya casi no podía distinguir a la chica de su lado. Sentía que se ahogaba. No estaba resultando tan placentero como Oliver le prometió. Giró la cabeza hacia la ventanilla y apoyó la frente en el frío cristal.

Entonces, lo vio. O creyó verlo. Un cometa surcaba el horizonte en las afueras de Osaka. La señal. Su Señal. Keiko agarró el pomo de la portezuela, se sentía tremendamente débil, a punto de perder el conocimiento. Empujó con todas sus fuerzas y al final la puerta cedió. Cayó al suelo golpeándose la cabeza. Una brecha se abrió paso en su negra cabellera. Miro hacia el cielo. Sí. Todavía podía verlo. Abrió la boca todo lo que pudo y aspiró una bocanada de aire puro.

De repente todo se le antojó más liviano, sus problemas y miedos más pequeños. Le entraron unas ganas irremediables de vestirse un kimono y celebrar una auténtica ceremonia del té. Las geishas, los luchadores de sumo y kárate, el sake, el origami y los bonsáis: todo parecía haber cobrado un inusitado interés para ella. Le dolía la cabeza, sentía sus pulmones a punto de estallar y todavía tenía mucho sueño. A lo lejos le pareció percibir las sirenas de la policía.

Cuando los sanitarios llegaron la encontraron sin conocimiento pero sonriendo. Al dejar la puerta abierta del automóvil la chica de su lado también había sobrevivido. Ésta llevaba una camiseta de color negro y una galaxia pintada en la parte delantera. En el medio de la composición se veía un cometa surcando el horizonte, más o menos a la altura del corazón.